Una peculiar terapia de letras.

Anómino

Image not found.

Capítulo 1

Una terapia de letras.

Cierta mañana de lunes, en algún lugar del abrumador Londres victoriano, bajo un cielo poblado de nubes grises y sobre un suelo repleto de vistosos adoquines humedecidos, un distinguido señor de capa y chistera, que decoraba su serio semblante con un gracioso monóculo, se dirigía ofuscado hacia alguna parte. Caminaba apoyándose en un largo y fino bastón no menos elegante que su aspecto. El nombre de este sujeto era Arthur, Arthur Whitemilk, y su reconocida condición le otorgaba el derecho a ser tenido en cuenta como Sir, algo de lo que, por supuesto, él se sentía orgulloso.

Los pasos de Sir Arthur Whitemilk se detuvieron ante la refinada puerta de una opulenta mansión. Tras contemplarla largamente y contar hasta tres sin lograr su propósito de calmarse, nuestro enfadado protagonista hizo uso por cinco veces del llamador con mal disimulada impaciencia. Después de unos interminables segundos, el sonido de unos pasos le hizo saber que, en efecto, alguien se acercaba a atenderle.

La puerta fue abierta con desesperante lentitud, dejando ver un recibidor donde el orden y la limpieza cobraban su máxima expresión allí donde se posase la mirada. Un estirado mayordomo de nariz aguileña y ojos entrecerrados apareció en el umbral casi al instante.

—¡Sir Arthur Whitemilk! —exclamó sin demasiado entusiasmo —. ¿A qué se debe su inesperada y siempre agradable visita?

Sir Arthur frunció el ceño.

—¡Buenos días, Stuart! Tan sólo disfrutaba de un agradable y reflexivo paseo cuando me di cuenta de que me hallaba muy cerca de la morada de lord Humphrey Robertson, al que desearía saludar educadamente antes de proseguir mi camino.

Stuart no dio muestras de reaccionar, pero sólo durante un momento.

—Mucho me temo que eso no pueda ser. Lord Humphrey está muy enfermo —dijo.

Sir Arthur pareció entonces a punto de explotar.

—¡Sabía que ese viejo cabezota acabaría mal! Ya le advertí de las consecuencias de no mesurarse en la mesa de lady Princeton. Esa mujer no sabe medir la cantidad de comida que ofrece en una cena, lo que, teniendo en cuenta su maravillosa habilidad en la cocina, es todo un

problema cuando uno de sus comensales tiene el apetito del bueno de lord Robertson, glotón como él solo. ¿Lo ha visto ya el doctor Rochester? Y no me mire así, Stuart. Reconozco haber venido a posta para saber de mi amigo y no a causa de un paseo casual, como dije antes. El caso es que estoy enojado con él por hacer caso omiso de mis bienintencionados consejos. Pero responde; ¿vino ya el doctor?

Stuart asintió levemente.

—Así es, vino hace una hora con su magnífico botiquín curalotodo. Ese hombre es un portento de la medicina y una bendición para el alma de todo enfermo.

—¿Cómo dices eso estando aún convaleciente el lord?

El mayordomo hizo una mueca.

—Puede resultar extraño, lo admito, Sir Arthur. La medicina no obró el milagro todavía, pero las palabras del doctor parecen haber estimulado sobremanera la imaginación de lord Humphrey como nunca antes.

—No entiendo nada, Stuart. ¿Podría pasar a verle? Puede que la visita de un buen amigo le ayude a recuperarse con más prontitud que estando solo en su habitación. Nada mejor que una buena conversación, aunque antes deba reñirle por el infantil comportamiento de anoche. No puedo sacarme de la cabeza el modo en que se arrojó sobre la bandeja de langostas, o cómo pretendió meterse en la botella de Champagne francés con intención de nadar todo lo que hiciera falta, según sus palabras.

—No le convendría ser molestado en estos momentos, Sir Arthur.

Sir Arthur Whitemilk se sintió hondamente ofendido a la par que sorprendido.

—¡Stuart! ¡Soy su mejor amigo!

En ese preciso instante, un sinfín de letras flotantes salieron a la deriva desde el interior de la casa, dejando sin habla a Sir Whitemilk, que, perplejo, perdió la capacidad de mantener el monóculo a la altura del ojo.

Las había de varias clases, todas ellas negras como la tinta con la que habrían de ser escritas llegado el momento de ser plasmadas en el papel, y se dejaban arrastrar por una suave brisa de extraña procedencia.

—Mire —dijo Stuart, que, maravillado, tomó algunas letras y dio forma a una palabra que quedó suspendida durante un momento en el mismo aire,

muy cerca de su aguileña nariz.

—¿Qué es todo esto? —quiso saber Sir Arthur, que apenas podía dar crédito a lo que veía.

—El doctor Rochester le recomendó a lord Robertson que escribiese cuentos, pues lo encontró lleno de comida pero vacío de ilusiones, pese al comportamiento que usted describe de él anoche, Sir Arthur. Parece ser que nuestro lord es muy infeliz, o era, mejor dicho.

—Me deja usted sin palabras —dijo Sir Witheman, que jugueteaba distraído con algunas de aquellas extrañas letras flotantes.

—Me hago cargo —observó Stuart—. Pero vea todo lo que guardaba lord Humphrey en su interior. El doctor Rochester me aseguró que tan sólo había abierto algunas puertas en la cabeza del paciente y cerrado otras, descubriendo un habitación que había estado a oscuras demasiado tiempo.

—¡Fascinante!

Stuart sonrió.

—Tengo la impresión de que nuestro apreciado amigo está creando una obra llena de vida que bien podría servir de estímulo para que alguien, sea quien sea, pueda sacar auténtico provecho de su propia imaginación. ¿Se imagina todos estos caracteres en la mente de alguien verdaderamente capacitado para crear magníficas historias? Sería el alivio de mucha gente de vida grisácea.

Sir Arthur, con la chistera en la mano, seguía pendiente de aquellas letras que amenazaban con extenderse por todo Londres.

—¿Y dónde dice que fue el doctor Rochester, Stuart? Empiezo a tener un fuerte dolor de barriga y, quizás, sería bueno que me viese también a mí.

Stuart rió abiertamente. Pronto se le sumó el propio Sir Whitemilk.

No muy lejos de allí, asomado a una ventana con aire distraído, un crío irlandés que se hallaba en Londres de visita contemplaba absorto aquellas formas negras que, flotando a merced de una extraña brisa, parecían dirigirse hacia el lugar donde se encontraba. Cuando las tuvo más cerca apenas podía creer que fuesen letras, letras que, aunque negras originalmente, se fueron adentrando pacífica y ordenadamente en su cabeza adoptando tonalidades mucho más coloridas y alegres. Por supuesto, el chiquillo podría haber cerrado el ventanal y alejarse de allí impidiendo tal cosa, pero se sentía tan atraído por aquella fantástica

magia que se dejó hacer sin ningún temor.

—¡Oscar! —lo llamó alguien desde dentro de la casa.

Y Oscar, el en un futuro sensacional Oscar Wilde, al que llegaba el irresistible olor de unos magníficos dulces, corrió en respuesta a la llamada. Mientras lo hacía, su mente dibujó un sinfín de historias divertidas y extraordinarias que, sin ninguna duda, serían la antesala de lo que acabaría escribiendo en algún momento de su vida con una elegancia y maestría como muy pocos elegidos podrían hacerlo, aunque él aún lo ignorase.